

Artigo

¿Quiénes fueron los correctores? El Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica (1939-1954)

Quem eram os revisores? O Departamento Técnico do Fondo de Cultura Económica (1939-1954)

Who were the copyeditors? The Technical Department of the Fondo de Cultura Económica (1939-1954)

Kenya Bello¹

¹ Universidad Nacional Autónoma de México,
Coyoacán, Ciudad de México, México.

RESUMEN

En este artículo se presenta una breve investigación sobre los correctores de pruebas en tanto trabajadores de la edición. Con ayuda de los testimonios de cuatro colaboradores del Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica se explica cuál fue su participación dentro de la producción editorial, así como aspectos relevantes de sus trayectorias profesionales previas y posteriores. Por último, se asume que el conocimiento de las dinámicas laborales revela aspectos novedosos sobre la propia historia de esta editorial mexicana en sus primeras décadas de existencia, desde una óptica social y cultural.

Palabras clave: Corrector de pruebas; Historia del trabajo; Historia editorial.

RESUMO

Este artigo apresenta uma breve pesquisa sobre os revisores como trabalhadores de edição. Com a ajuda dos testemunhos de quatro colaboradores do Departamento Técnico do Fondo de Cultura Económica, explica-se a sua participação na produção editorial, bem como aspectos relevantes das suas carreiras profissionais anteriores e posteriores. Por último, assume-se que o conhecimento das dinâmicas do trabalho revela aspectos inéditos sobre a história desta editora mexicana em suas primeiras décadas de existência, do ponto de vista social e cultural.

Palavras-chave: Revisor; História do trabalho; História da edição.

ABSTRACT

This paper introduces a brief research on copyeditors as publishing workers and it is based on the testimonies of four former workers of the Technical Department of the Fondo de Cultura Económica. Their testimonies show how they were involved in book production, as well as relevant aspects of their previous and subsequent professional careers. Finally, it is assumed that the knowledge of labor dynamics reveals novel aspects about the history of this Mexican publishing house in its first decades of existence, from a social and cultural perspective.

Keywords: Copy editor; Labor History; Publishing History.

1 HACIA UNA HISTORIA DE LOS TRABAJADORES DE LA EDICIÓN

Una de las razones de ser de la historia de la edición fue contribuir a la comprensión de que los autores no hacen libros. En contraste con dicha idea, este campo de investigación explica que se necesita la intervención de diferentes agentes, cuyas funciones permiten a un original transformarse en libro y llegar a manos de los lectores. De este modo es posible entender que los objetos impresos son creaciones colectivas, producto de una cadena de trabajos intelectuales y manuales (DARNTON, 2014; CHARTIER, 2005). Asimismo, es posible plantear que los procesos editoriales se inscriben tanto dentro de la historia cultural, al constituir prácticas y creaciones simbólicas, como dentro de la historia social, pues los agentes que los desempeñan pueden pensarse desde la historia del trabajo y los trabajadores.

A la luz de dichas consideraciones, el presente artículo se propone contribuir a la historia de los trabajadores editoriales en México, centrándose en el Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica (FCE), pues intento caracterizarlo como espacio laboral recuperando testimonios de cuatro trabajadores que integraron sus filas. Al respecto, es necesario aclarar que, en casi nueve décadas de existencia de esta editorial, significativa no sólo para México sino para el resto de Iberoamérica, dicho espacio de producción editorial se ha transformado, por lo que un primer paso sería identificar las etapas y dinámicas de dichos cambios. Para avanzar un poco en esa dirección, en las páginas que siguen me detengo en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, cuando Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal¹ dirigieron a diferentes equipos de colaboradores para sacar adelante sus planes editoriales.

No sólo me guía la perspectiva de la historia de la edición, también me apoyo en nociones provenientes de la historia desde abajo, tal como la planteó y ejerció E. P. Thompson, quien dio cuenta de la experiencia de los trabajadores desde una perspectiva sociocultural. Uno de los aspectos más relevantes de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (THOMPSON, 1989) fue haber reconstruido las vivencias de explotación características de las realidades laborales inglesas de los siglos XVIII y XIX. A pesar de las valiosas contribuciones de este historiador británico, tiempo después se le reprochó (SEWELL, 1994) no haber contemplado las diferencias existentes entre los propios trabajadores, pues hay asimetrías al interior de los colectivos que conforman.

En consecuencia, para captar mejor los matices que distinguen a diferentes grupos laborales, sostengo que vale la pena detenerse en vivencias específicas de cuatro correctores de pruebas, dos mexicanos, Juan José Arreola y Antonio Alatorre; y dos exiliados españoles, el murciano Julián Calvo y el catalán Francisco González Arámburu, cuya apropiación intelectual y proyección profesional a través de lo impreso revela una dimensión de autorrealización y no sólo de explotación en las vivencias de los trabajadores. Es decir, las ambivalencias del quehacer editorial. Los cuatro dejaron testimonios (ya fuera en memorias

¹ Cosío Villegas (1898-1976) fue un abogado, economista e historiador mexicano, fundador del FCE y director de El Colegio de México. Orfila Reynal (1897-1998) nació en La Plata, Argentina. Dirigió la primera filial extranjera que tuvo el FCE, en Buenos Aires. En 1948 migró a México para convertirse en su director, hasta 1965. Para más detalles sobre la impronta editorial e intelectual de ambos en la vida cultural mexicana y latinoamericana, véase SORÁ, 2017, p. 33-51 y 101-143; NOVA, 2022, p. 23-49.

o entrevistas) sobre su relación con el FCE y con la edición, que son las fuentes en las que se sustenta esta reflexión.

Desde la perspectiva de la historia social, también vale la pena destacar que el análisis de este departamento editorial plantea un problema no menor para la historia de los trabajadores de lo impreso: se trata de gente cuya condición laboral es paradójica, muchas veces no son las figuras más visibles del mundo editorial, como sí lo fueron sus dos primeros directores, Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila, tampoco realizaban labores mecánicas por lo que no tuvieron representación gremial, ni se organizaron en colectivos o sindicatos. Los correctores de pruebas cuya experiencia recupero ocupaban por aquellos años un lugar intermedio entre los trabajadores de las imprentas y los editores, por lo cual sus actividades no siempre destacaban.

Una dificultad adicional radica en el hecho de que no se trató de una posición definitiva, pues algunos de ellos además de corregir textos tuvieron profesiones emparentadas con el mundo del libro antes o después de trabajar en edición. En algunos casos, también llegaron a desempeñarse como editores y obtuvieron reconocimiento desde tal posición. De ahí que el propósito de este artículo no sea caracterizar sus trayectorias profesionales de forma acabada, sino comenzar a indagar sobre los diferentes momentos y prácticas que nos permiten entender quiénes han hecho corrección de pruebas dentro del FCE y bajo qué entramados socioprofesionales.

En consecuencia, este escrito parte de contextualizar el surgimiento del FCE y de reconstruir brevemente las condiciones laborales de quienes integraron el Departamento Técnico en las décadas de 1940 y 1950. En un segundo momento el análisis se centra en las 4 experiencias antes mencionadas. El texto concluye con una valoración sobre lo que este conjunto de testimonios nos permite conocer sobre la corrección de pruebas y la dimensión laboral de la historia de la edición en este periodo.

Por último, debe reconocerse que la historiografía sobre el tema no es tan abundante en América Latina, pues no sólo ha predominado un interés por lo editorial desde la historia cultural, también es cierto que muchas veces hay problemas de fuentes para ir desde las figuras más destacadas de una determinada iniciativa editorial al resto de los colaboradores que estuvieron en un segundo o tercer plano. De ahí el mérito de investigaciones como las de Sebastián Rivera Mir (2018, pp. 611-656) sobre los trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, en México, pues ha dado cuenta de las tradiciones organizativas en las que participó dicho colectivo durante la segunda mitad de la década de 1930. En Argentina, desde la sociología cultural y del trabajo, Ezequiel Saferstein (2018, pp. 100-125) ha analizado a los editores en tanto profesionales dentro de los grandes corporativos editoriales de inicios del siglo XXI. En la medida en que sus reflexiones abren rutas de investigación, es posible sostener que se trata de un ámbito de estudios que merecería una mayor atención por parte de las ciencias humanas y al cual busco sumarme con esta reflexión.

2 EL DEPARTAMENTO TÉCNICO COMO ESPACIO LABORAL

La década de 1920 fue testigo de una etapa diferente en la historia de la edición en México, vinculada con el nuevo orden social producido por la Revolución de 1910. Uno de los rasgos distintivos del mundo de la cultura impresa mexicana que surgió entonces, y que predominó durante buena parte del siglo xx, fue el papel protagónico que se asignó a sí mismo el estado posrevolucionario, pues en un contexto de reconstrucción nacional, en el que se vivían presiones por parte de Estados Unidos y era necesario ganar legitimidad ante la comunidad internacional, se concibió como estratégica, económica y culturalmente, la creación de una industria editorial nacional, al tiempo que se influyó ideológicamente sobre las dinámicas de producción y circulación de lo impreso (RIVERA MIR, 2020).

De manera paralela, la producción impresa destinada a usos educativos se volvió uno de los principales ámbitos en los que se involucraron los agentes y las instituciones del estado posrevolucionario. En 1921 se creó la Secretaría de Educación Pública (SEP), entidad que con el paso de las décadas no sólo organizó una red escolar nacional y al magisterio, sino que definió las características que las editoriales privadas debían cumplir para publicar libros escolares. La regulación pedagógica y del mercado de libros escolares fueron tan sólo dos rubros de su actividad, pues la propia SEP se convirtió en una editorial estatal, entre la década de 1920 y la de 1940, cuyos libros no sólo buscaban llegar a las aulas de los diferentes niveles educativos, sino aumentar los niveles de instrucción de la población en general (HERRERA, 2020; ROSALES, 2020).

Otro de los pilares constitutivos de la actividad editorial del estado posrevolucionario fue el propio Fondo de Cultura Económica, un fideicomiso cultural fundado en septiembre de 1934. Conocemos su historia gracias a que es una editorial pública y posee un archivo no sólo vasto, también abierto a la consulta.² Asimismo, el trabajo de Víctor Díaz Arciniega (1996) ha sido de gran ayuda para ordenar un relato inicial y panorámico de la institución, al tiempo que mostró la riqueza documental que alberga en sus repositorios. A este estudioso de la literatura mexicana le debemos una caracterización de las principales etapas por las que atravesó, desde su fundación hasta muy entrada la década de 1990. Dentro de todas las dimensiones que aborda, también proporcionó una reconstrucción inicial sobre las relaciones laborales en su interior.

Sus investigaciones establecieron que para 1939 esta empresa editorial empezó a transformarse de manera decisiva, pues en su primer lustro de actividades en realidad era una iniciativa bastante modesta, que contaba tan sólo con trece títulos, además de que publicaba la revista *El Trimestre Económico*. La escala de la producción inicial fue reducida y su personal, en correspondencia, ascendía a siete colaboradores. Durante los primeros años, como su nombre lo indica, el Fondo se dedicó a producir libros de economía, cuyo público deseado eran los estudiantes matriculados en la naciente Escuela Nacional de Economía (DÍAZ, 1996). Los gobiernos revolucionarios necesitaban economistas que pudieran dirigir la

² No es el caso de todas las editoriales mexicanas del siglo XX, especialmente las privadas, y eso plantea tanto límites como desafíos para la investigación histórica, que deberán resolverse con fuentes de historia oral, entre otras estrategias.

política pública y sentaran las bases de un desarrollo económico nacional, en especial tras el colapso financiero mundial de 1929. Buena parte de la literatura de interés estaba en inglés, por lo que debía traducirse y ponerse al alcance de la comunidad de estudiosos que se buscaba conformar.

En aquella primera hora los planes eran muchos, pero los recursos humanos y materiales pocos. Daniel Cosío Villegas y sus allegados asumieron el trabajo editorial que permitió la publicación de los primeros libros de texto para la enseñanza económica. De acuerdo con el testimonio aportado por su esposa, Emma, a ella misma le tocó hacer trabajo de corrección debido a la escasez de recursos.

[...] Estábamos todos tan pobres que para ahorrar dinero Daniel me enseñó a corregir pruebas. Yo no iba a la oficina, me llevaba el trabajo a casa de mi madre. Entonces acabábamos de llegar de España, no teníamos casa y nos fuimos a vivir con ella a la Guadalupe-Inn. Corregí tantos textos que se me quedó la costumbre de estar buscando erratas y, ahora, siempre que leo, inconscientemente las busco y las descubro. (OCHOA, 2014, Ed. electrónica)

Cuando se dieron estos primeros pasos, buena parte de las actividades lindaba con las relaciones personales e incluso con el espacio doméstico. En la actualidad, debido a los procesos de institucionalización y profesionalización, es difícil imaginar la dimensión casera que tuvo el trabajo editorial, que incluso le permitió a una mujer insertarse de manera indirecta en un círculo casi exclusivamente masculino. No obstante, captar la conformación de un espacio de trabajo y la disposición de quienes laboraron en él supone tomar distancia de las formas presentes y desandar la historia institucional.

Esta situación no prevaleció durante mucho tiempo, pues el catálogo rebasó pronto el campo de la economía y el FCE requirió otras formas de organizar la producción impresa. Al concluir la tercera década del siglo xx, se incorporaron libros de otras disciplinas como la política y el derecho, la sociología y la historia, hasta que se dio cabida plena a las humanidades, con la creación de una sección de filosofía. Javier Garciadiego ha planteado que la actividad de esta editorial se entrelazó estrechamente con el establecimiento de bases académicas y de profesionalización para las ciencias humanas y los estudios literarios en México. La expansión fue tal que en el periodo 1940-1945 se publicaron 167 títulos, lo que da cuenta del salto cuantitativo que tuvo el trabajo editorial en el lapso de una década (GARCADIIEGO, 2016).

En cuanto a la impresión del *Trimestre económico* y los libros del FCE, en un inicio se comisionó a los Talleres Gráficos de la Nación y a partir de 1936 a distintas imprentas de la ciudad, como la Imprenta Mundial, la Imprenta Universitaria y Acción Moderna Mercantil. De hecho, cuando esta última quebró, se decidió formar una sociedad, adquirir la imprenta y destinarla para uso exclusivo del Fondo. Surgió así, en 1941, la Imprenta Gráfica Panamericana, que contribuyó a su fortalecimiento y le dio autonomía en un momento en que se reorganizaba el abastecimiento de papel en México y varias imprentas se convirtieron en cooperativas gestionadas por los trabajadores (GARONE, 2011, p. 57 y 58).

Asimismo, se ha sostenido que la consolidación iniciada a finales de la década de 1930 se debió en gran medida a que la editorial compartió sus instalaciones con La Casa de España, institución académica que fue creada para recibir a intelectuales españoles afectados por la guerra civil en su país, de manera que la apertura temática estuvo acompañada por una ampliación de las redes que le dieron sustento al trabajo editorial. Por aquellos años, los fundadores del FCE y miembros de su junta de gobierno tenían responsabilidades de peso en la administración pública mexicana, mientras que los exiliados españoles no tenían obligaciones docentes regulares. En esas circunstancias, los transterrados europeos se incorporaron a las tareas editoriales, no sólo en la corrección de textos, sino de manera significativa en la traducción. También es cierto que la frontera entre ambas instituciones era difusa, pues el propio Cosío Villegas dirigía ambas y eso propició que los proyectos intelectuales de La Casa derivaran en un nuevo rumbo editorial. De 1939 data el Departamento técnico, espacio laboral en el que se procesaron editorialmente los libros que publicaba el Fondo (DÍAZ, 1996; GARCIADIEGO, 2016).

De hecho, como parte de la nueva etapa que se estaba inaugurando, en 1940 ambas instituciones se desplazaron a las afueras del centro histórico de la capital mexicana, a una casona de la calle Río Pánuco. El Departamento Técnico se encontraba en el primer piso y estuvo conformado por los españoles Luis Alaminos, Sindulfo de la Fuente, Cristóbal Lara, Julián Calvo, Eugenio Ímaz y Joaquín Díez-Canedo. También en ese mismo año la Casa de España en México se convirtió en Colegio de México. Es importante destacar que Díez-Canedo se sumó al personal que corregía pruebas en 1942, pero para 1945 ya dirigía el Departamento. Luego se convirtió en Gerente de Producción, hasta 1962 (DÍAZ, 1996; GARONE, 2011).

De acuerdo con Calvo, en aquellas instalaciones el trabajo con las pruebas se hacía con “un jornal de seis pesos diarios”, sin mucha infraestructura y todavía lindando con lo doméstico: “El Colegio de México tenía una habitación exterior grande, un salón grande que daba a Pánuco, y nosotros nos arreglábamos como podíamos [...] en la dependencia de servicios [...] en la cocina trabajábamos Ímaz y yo mano a mano”.³

Ya fuera en la cocina o en una habitación del primer piso se trabaja cotidianamente con originales y galeras, se adquiría la formación editorial mediante la práctica, pero también se dieron intercambios literarios y se desarrolló una sociabilidad letrada (figura 1). Arreola dejó recuerdos llenos de algarabía sobre el ambiente de trabajo que prevaleció en la segunda mitad de la década de los cuarenta:

[...] De pronto irrumpía Díez-Canedo en el departamento técnico y nos decía: ‘arrojen ustedes los instrumentos de trabajo, los lápices, las plumas, las galeras, las cuartillas. Empuñen la lira porque ahora vamos a celebrar...’
 [...] Me acuerdo de las leyes que se trataron de implantar cuando don Daniel Cosío Villegas llamaba a Joaquín o a don Sindulfo, y les decía: ‘Vamos a hacer algo, vamos a hacer una cuota de galera o de páginas’. Me acuerdo de un momento en que se conformaban con que uno corrigiera tres galeras. Claro que

³ DEH-INAH, PHO/10/37. Entrevista a Julián Calvo, realizada en su domicilio particular de la ciudad de Madrid, por Concepción Ruíz Funes, el día 5 de mayo de 1979 y anexo realizado por Enriqueta Tuñón los días 30 de noviembre y 3 de diciembre de 1981, p. 59 y 60. Agradezco a José Carlos Reyes su generosidad al compartirme esta fuente.

Antonio era un ejemplo difícil de emular, con 50 cuartillas. (Citado en DÍAZ, 1996, p. 98 y 99).

Si seguimos la descripción que hizo Arreola, en la época en que Cosío Villegas dirigió el FCE, el Departamento Técnico fue un espacio más articulado, pero que funcionaba de manera flexible, pues había ciertas metas de producción. Sin embargo, no prevaleció una disciplina estricta. Las condiciones materiales se fueron modificando al tiempo que ingresaron más colaboradores, buena parte de ellos con antecedentes académicos que sentaban un buen precedente de su pertenencia al mundo de la cultura escrita. No obstante, los matices son importantes, pues como se verá más adelante, el ingreso de sus miembros dependía de la familiaridad que se tuviera con la cultura escrita y con los libros, más que de títulos profesionales específicos, situación que sigue prevaleciendo hasta el día de hoy entre quienes desempeñan trabajos editoriales en México.

Es necesario destacar, para una mejor comprensión de la historia de la edición en México, que el desarrollo de la actividad editorial en el FCE ha supuesto la interacción de diferentes exilios —no sólo de españoles porque también se han incorporado latinoamericanos a sus huestes, como el propio Orfila— con las redes intelectuales mexicanas. Muestra de ello es que, en 1946, se incorporó el tapatío Antonio Alatorre, y tres meses después, su paisano, Juan José Arreola. Dichas circulaciones hicieron de esta área de producción editorial un espacio de intercambio de saberes y prácticas cosmopolita.

Figura 1 - Integrantes del Departamento Técnico en la sede Pánuco: Sindulfo de la Fuente, Javier Corona, Julián Calvo y Javier Velasco.



Fuente: **El FCE, 80 años de libros**. Milenio, 2014.

El segundo momento en que me detengo para adentrarme en la historia del Departamento Técnico inició en el verano de 1948. Cuando Arnaldo Orfila llegó de Buenos Aires, asumió la dirección editorial y muchas cosas cambiaron en el FCE. A su llegada el personal no

rebasaba las 30 personas, entre quienes realizaban las tareas editoriales y administrativas. Bajo la dirección del argentino se crearon nuevas colecciones y los tirajes se ampliaron, lo que hizo crecer aún más el volumen de la producción y acarrió un aumento del personal. El sello distintivo de su administración fue la apertura hacia el público en general, a la vez que se siguieron produciendo libros para universitarios y profesionistas. De ahí que la camaradería siguiera existiendo en el Departamento, pero bajo un ambiente laboral más estructurado.

De hecho, en 1954 hubo una nueva mudanza, hacia el primer edificio propio con el que contó la editorial, la sede de Avenida Universidad, al sur del Distrito Federal. El cambio de ubicación reforzó los vínculos entre la editorial y la comunidad universitaria, que tenía poco de haber estrenado la Ciudad Universitaria. En esos años se incorporaron trabajadores como Alí Chumacero, Francisco González Arámburu, Jas Reuter, Elsa Cecilia Frost y Emma Susana Speratti. Es necesario destacar la incorporación de estas dos últimas colaboradoras, porque en aquella época la base trabajadora de la editorial era predominantemente masculina, pero también las mujeres profesionistas realizaron revisión de pruebas y traducción.⁴ En suma, durante las casi dos décadas en que Orfila dirigió los destinos de esta casa editorial, hubo crecimiento y profesionalización. En 1965 fue obligado a renunciar por sectores anticomunistas con peso dentro de la administración de Gustavo Díaz Ordaz, presidente mexicano en el momento. A la partida del editor argentino, el Fondo contaba con casi 80 empleados, muestra elocuente de su expansión y consolidación (DÍAZ, 1996; GARONE, 2011; SORÁ, 2017; NOVA, 2022).

De tal suerte, es posible detectar al menos dos fases dentro del trabajo editorial que permitió la producción y difusión de los libros del Fondo entre las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Se trató de dos periodos decisivos para su consolidación y expansión, marcados no sólo por la dirección editorial de Cosío Villegas y Orfila, sino por quienes se dieron a la tarea de corregir originales y galeras; traducir y revisar traducciones, así como redactar cuartas de forros. Como se anticipó, dichas responsabilidades recayeron, entre otros colaboradores, sobre Calvo, Alatorre, Arreola y González Arámburu.

3 EL CORRECTOR DE PRUEBAS: TRAYECTORIAS MÚLTIPLES

En la medida en que interesa rescatar la experiencia de los trabajadores de la edición, las memorias y las entrevistas se convierten en una fuente valiosa para reconstruir las trayectorias y las dinámicas de trabajo. Las narraciones en primera persona ayudan a individualizar a los trabajadores del Departamento Técnico, así como las circunstancias en las que vivieron antes y después de haber pasado por ahí. Esto permite ir más allá de la historia institucional y darle a la historia de la edición una dimensión social. Uno de los primeros en incorporarse, en 1941, fue el abogado murciano Julián Calvo (1909-1986). Realizó sus estu-

⁴ Elsa Cecilia Frost (1928-2005) era mexicana y realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, bajo la dirección de José Gaos. Dicho vínculo académico le dio la oportunidad de comenzar a trabajar en el FCE (NOVA, 2022, p. 48). Speratti (1919-1990) fue argentina, en su país natal se vinculó a los círculos académicos de Pedro Henríquez Ureña, así como de Raimundo y María Rosa Lida. Llegó a México en 1953 y obtuvo un doctorado en letras en la UNAM (ALATORRE, 1991, p. 657 y 658). Ambas contaron con estudios de posgrado y tuvieron carreras académicas significativas antes y después de haber pasado por el Departamento Técnico.

dios en la Universidad de Murcia, España, donde militó en contra de la dictadura de Primo de Rivera y conoció a Mariano Ruiz-Funes,⁵ de quien fue asistente y quien lo introdujo tanto a la docencia universitaria como a los círculos políticos republicanos. Ambos se refugiaron en México como parte del éxodo que generó el triunfo de Francisco Franco en España.

A su llegada al país, en 1940, Calvo estuvo un año sin empleo, pues su “flamante título de abogado no servía para nada, en México”. En aquellos primeros meses no sólo se encontró imposibilitado de ejercer su profesión, sino que vivió estrecheces. No obstante, siempre contó con las redes de solidaridad de los exiliados, que le proporcionaron una vivienda modesta y una mensualidad para los gastos esenciales. Gracias a José Medina Echavarría, quien lo recomendó con Daniel Cosío Villegas, ingresó al Departamento Técnico. Ahí aprendió un nuevo oficio que le permitió ganarse la vida durante su estancia en México.⁶

En sus años de estudiante universitario se había sostenido mediante becas, siendo profesor particular o mecanografiando textos. Nunca había sido corrector de pruebas, así que debió enfrentar las críticas y la desconfianza de quienes conocían el oficio, al igual que varios de sus compatriotas. No obstante, su trabajo dentro del Fondo le permitió:

[...] aprender a corregir pruebas, porque yo no había corregido pruebas jamás en mi vida, incluso defender mi condición de flamante corrector de pruebas, con energía, frente a viejos correctores de pruebas que se consideraban profesionales y a nosotros nos decían que no éramos profesionales, sino que éramos improvisados. Tenían razón, pero nos impusimos así, Sindulfo, eh, Alaminos; allí estaba también Eugenio Ímaz entonces.⁷

De alguna manera, el Departamento Técnico se convirtió en una instancia de arbitraje, que dirimió en la práctica las disputas sobre quién era un profesional de la corrección y quién no. En 1955, luego de que falleciera su mentor Ruiz-Funes, le ofrecieron un trabajo en Naciones Unidas que lo llevó a abandonar México e instalarse en Santiago de Chile. En su nueva ubicación americana se desempeñó también en labores editoriales. Es decir, lo adquirido en México le sirvió para seguir conectado con el mundo de lo impreso.

Una historia distinta, aunque también tuvo mucho de rito de paso, es la de Antonio Alatorre (1922-2010). Este jalisciense destacó como académico de la lengua y la literatura hispánicas, pues tras su colaboración con el Departamento Técnico, ingresó como becario a El Colegio de México, donde llegó a ser director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL). (LIDA; MATESANZ, 1990).

Alatorre, quien cursó la educación secundaria en un seminario religioso y había iniciado estudios de derecho, los interrumpió para migrar en 1946 de Guadalajara al Distrito Federal. Su desplazamiento a la capital del país estuvo marcado por la incertidumbre y la precariedad:

El caso es que me vine a México a comienzos de 1946, sin nada, fuera de mis pocos trapos y mis pocos libros, a ver qué pasaba. En México vivía mi hermano Moisés tratando de seguir en el Conservatorio sus estudios de violín, y trabajando de policía, de vulgar policía de esquina, para ganarse la vida. Me arrimé

5 Abogado, catedrático y político español. Fue diputado de los partidos Acción Republicana e Izquierda Republicana.

6 DEH-INAH, PHO/10/37, p. 53-59.

7 DEH-INAH, PHO/10/37, p. 59.

a él, y durante unas semanas compartí su vida de auténtica pobreza. Y entonces me puse a ver qué puertas se me podían abrir (MEYER, 1993, párrafo 56).

Vale la pena señalar que el joven Alatorre no se mudó a la Ciudad de México para trabajar en edición, sino para poder realizar estudios superiores de letras. Fue precisamente a su paso por la Universidad Nacional cuando se le abrieron las puertas que estaba buscando, aunque el camino no fue tan directo. Su encuentro con Daniel Cosío Villegas cambió el rumbo de su vida:

Entonces me matriculé en la facultad de Derecho, y me matriculé también en Filosofía y Letras, con la idea de hacer simultáneamente las dos carreras, o más bien tres, porque mi plan era estudiar no sólo letras, sino también filosofía. Pero esto no duró más que unas dos o tres semanas, porque sobrevino un acontecimiento capital: la entrada de don Daniel Cosío Villegas en mi vida. [...] El caso es que Cosío hizo estallar en mi cabeza, como un cohete, la comprensión de que era una tontería seguir con la carrera de Derecho. Y no contento con eso, hizo un segundo acto de misericordia: me invitó a trabajar en el Fondo de Cultura Económica, con un sueldo decente (tan decente, que muy pronto pude convencer a mi hermano Moisés de que nos mudáramos a un lugar mejorcito, porque vivíamos en verdaderos cuchitriles y entonces alquilamos un departamento en la colonia de los Doctores). Al principio trabajaba en el Fondo sólo las mañanas, y en las tardes iba a Filosofía y Letras, en el viejo edificio de Mascarones. Presenté a título de suficiencia algunas materias, como francés, latín y griego, y asistí a unas clases bastante descoloridas. El recuerdo de mi paso por las aulas de esa facultad es tan borroso, que ni siquiera sé si presenté exámenes al final del primer año. A lo mejor ya para entonces me había anunciado Cosío que Raimundo Lida iba a venirse a México, y que El Colegio iba a poder ofrecerme la carrera que yo había soñado. Al saber esta noticia abandoné de plano la facultad y trabajé de tiempo completo en el Fondo de Cultura. Hubiera podido pasarme al Colegio de México a mediados de 1947, que es cuando llegó Lida, pero en el Fondo estaba yo metidísimo en una tarea muy delicada, y para la cual no había sustituto: preparar para la imprenta la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta, editada por un gran hombre y gran amigo: don Agustín Millares Carlo (MEYER, 1993, párrafo 57).

La propuesta de Cosío Villegas significó dejar definitivamente de lado los estudios de leyes. Debe destacarse que la generación de Alatorre no tuvo como primera opción profesional dedicarse a las letras y a la lengua porque era un campo académico en formación, en una época en que la Facultad de Filosofía y Letras pasaba por dificultades y El Colegio de México recién estaba sentando bases para la formación de profesionistas en el ámbito de las humanidades. La oportunidad que sí tuvo dicha generación fue ganarse el sustento y un lugar en un nuevo campo académico, poniendo sus saberes al servicio de la edición de textos. El trabajo en el FCE no sólo fue una tabla de salvación económica para un joven estudiante que migró en su propio país, también fue el espacio laboral que le permitió adquirir un oficio que nunca abandonó, a pesar de dedicarse a la academia:

Yo acepté encantado de la vida la invitación de Cosío, porque me vino en un momento de total desamparo económico. Pero los beneficios espirituales, llámémoslos así, fueron infinitamente mayores. Aparte de lo que fue el trato con Cosío, con Joaquín Díez Canedo, con Eugenio Ímaz y con los demás miembros del departamento técnico, puedo decir con toda objetividad que yo, gracias a los casi dos años que trabajé en el Fondo, soy un buen experto en cuestiones

editoriales, en lo relativo a la hechura de un libro, un buen soldado en la lucha por los libros bien hechos, limpios de erratas, agradables de leer. Esos casi dos años son parte importante de mi formación (MEYER, 1993, párrafo 58).

Los soldados en la lucha por los libros bien hechos eran especialmente necesarios. En aquellos primeros años de institucionalización de los estudios lingüísticos y literarios en El Colegio de México fue muy importante la figura de Raimundo Lida, quien coordinó las labores para publicar la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, a través de la cual Alatorre se formó como filólogo y siguió conectado con el trabajo editorial (LIDA; MATESANZ, 1990).

Como mencioné líneas arriba, Juan José Arreola (1918-2001) fue el segundo mexicano que colaboró en el Departamento Técnico. Pasó un par de años en él antes de seguir el camino que lo llevó a ser reconocido como escritor y editor. Su trayectoria en el mundo cultural mexicano del Siglo xx destaca porque prácticamente no tuvo estudios formales, pues no concluyó la educación primaria. No obstante, en un país donde las cifras de analfabetismo seguían siendo muy altas en la década de 1940, logró hacerse de un nombre dentro de las letras nacionales y su paso por la edición fue una instancia decisiva para romper con una racha de multiempleo y precariedad económica.

Todo empezó en 1930, cuando tenía doce años y en vista de que ya no quería estudiar, fue enviado por su padre a aprender el oficio de encuadernador al taller de José María Silva, suegro de uno de sus primos, en su pueblo natal, Zapotlán, Jalisco. Su experiencia en dicho taller duró poco, debido a la muerte del señor Silva, por lo que siguió aprendiendo sobre impresos en la imprenta que regenteaba uno de sus primos (Del PASO, 2003). Su paso por ambos talleres le proporcionó conocimientos básicos sobre el mundo de los libros y las imprentas, que utilizó tanto cuando trabajó en el Fondo, como cuando fundó su propia editorial, los Cuadernos del Unicornio (1958-1963). Al respecto, rememoró:

En la imprenta en la que trabajé en Zapotlán no había desde luego una gran variedad de tipos o papeles, pero era un negocio próspero, ya que nos encargábamos de hacer toda clase de volantes y folletería, invitaciones de bodas y bautizos, y participaciones de defunción. También fabricábamos libretas para la escuela y libros de contabilidad [...] (Del PASO, 2003, p. 193).

Trece años después, en 1943 y ya en Guadalajara, la capital del estado en que nació, se convirtió en director de circulación del diario *El Occidental*, dirigido por su amigo Jorge Dipp. En dicho cargo tuvo que enfrentarse al reto de hacer salir a tiempo un matutino que muchas veces se publicaba a medio día y no a primera hora de la mañana. Según afirma, fue entonces cuando “comienza mi vida literaria” (Del PASO, 2003, p. 84 y 85). Gracias a ese proyecto periodístico fallido empezó a relacionarse con escritores tapatíos como Arturo Rivas Sainz. Así, por aquellos días, además de recibir los cables noticiosos para el periódico, corregirlos y entregarlos a los linotipistas, se inició en la edición de las revistas *Eos* (1943) y *Pan* (1945-1946), en las que también estaba involucrado Antonio Alatorre y fue en la época en que inició su amistad (GUZMÁN, 2019).

A diferencia de Alatorre, Arreola no tenía pretensiones académicas, sino que buscaba hacerse un lugar dentro de los escenarios teatrales. Ese objetivo lo llevó a peregrinar a la Ciudad de México, por primera vez en 1937, y al París de la posguerra, en 1945. Luego de una breve estancia en Francia, que se vio interrumpida por problemas de salud, se avecindó en la Ciudad de México por segunda ocasión, en 1946, y comenzó a trabajar en el FCE, pues Antonio Alatorre convenció a Cosío Villegas de darle una oportunidad laboral porque conocía los oficios editoriales. Al igual que su paisano había tenido una vida precaria antes de pasar por el Departamento Técnico:

Fui así sumando oficios a los muchos que había desempeñado en la vida y me faltaban por desempeñar: vendedor ambulante, panadero, mozo de cuerda, comediante, maestro de secundaria, empleado en un molino de café y de una chocolatería, encuadernador, tipógrafo, empleado de una papelería, vendedor de telas, corrector de pruebas, editor y algún otro que quizás se me escapa (Del PASO, 2003, p. 148 y 149).

Las trayectorias de estos dos jaliscienses confirman que fue una época de oportunidades para aquellos que tenían familiaridad con la cultura letrada y estaban inmersos en las redes de sociabilidad literaria del país, pues luego de su paso por el Fondo, Arreola tuvo credenciales más reconocidas. En la década de 1950 fue becario y docente del Centro Nacional de Escritores, más tarde subdirector de la Casa del Lago (1958-1960), que es un centro cultural gestionado por la Universidad Nacional.

Por último, me detengo en la experiencia del exiliado catalán Francisco González Arámburu (1927-2020), quien se integró al Departamento en la época de Orfila, en 1953. Su trayectoria contrasta con la de Calvo y de los dos mexicanos relatadas previamente. De entrada, porque su llegada a México, cuando tenía 11 años, fue en condiciones muy dramáticas, sin sus padres, dentro del grupo de niños exiliados por la Guerra Civil española, cuyas familias prefirieron verlos partir antes de que siguieran padeciendo los estragos del conflicto armado. De ese modo, se convirtió en un Niño de Morelia, como se les llegó a conocer, que estuvo obligado a crecer lejos de su familia y en una sociedad distinta, como la mexicana, donde no todos veían con buenos ojos lo español ni lo republicano (SICOT, 2004).

En México logró completar sus estudios “de escuela católica para niños pobres” (SICOT, 2004, p. 235), cursando la primaria y la secundaria, con el apoyo del gobierno mexicano y de los exiliados españoles. De hecho, fue en un colegio de estos últimos, llamado Luis Vives, donde se incrementó su vocación literaria, pero al igual que los mexicanos que lo antecedieron en el Departamento Técnico, no pudo llegar a los estudios literarios de manera directa, pues era un campo incipiente:

Estando en el D.F., en primer lugar yo pensé que tenía que estudiar algo para sostenerme en el futuro. Entreveía yo un futuro un poco literario, un futuro en que yo podía ser literato, pero los literatos también tienen que vivir. Entonces opté por lo que creí que era la carrera menos reñida con las letras, porque nunca se me ocurrió estudiar, ¡estudiar letras! Entonces elegí medicina. El mismo error que cometieron [...] en fin, todos los literatos que finalmente nos dedicamos a las Humanidades pensábamos que el estudio de la biología, como propedéutica de la medicina, era lo menos equivocado que podíamos hacer

y todos descubrimos al primer año que nos habíamos equivocado, pero de todo a todo; y pasamos todos a la Facultad de Filosofía y Letras (SICOT, 2004, p. 228).

En esa facultad, este corrector y traductor profundizó sus lazos de amistad con el grupo hispanomexicano que publicó la revista *Presencia* (1948). Sus estudios en humanidades y esos lazos sociales debieron abrirle paso hacia el mundo editorial. Como ya se explicó antes, durante la gestión de Arnaldo Orfila, el Departamento Técnico creció en la misma proporción que la producción editorial del FCE, de ahí que a González Arámburu le tocaran unas condiciones laborales distintas a las que conocieron Alatorre y Arreola.

En la medida en que sus recuerdos fueron recabados para recuperar su experiencia de exiliado, no se hace hincapié en sus vivencias como trabajador editorial, pero destacó que, habiéndose casado y siendo padre de dos hijas, “trabajaba mucho porque me pagaban muy mal” (SICOT, 2004, p. 237). En los cincuenta publicó algunos cuentos en la revista veracruzana *La palabra y el hombre*, sin haber podido construir una carrera de escritor. De hecho, llegó a ser más reconocido como traductor, primero del FCE, luego de Siglo XXI, casi con certeza, como parte del grupo que siguió a Orfila a su salida del Fondo.

¿Por qué la diferencia con Calvo, Alatorre y Arreola? Porque entre los exiliados españoles hubo diferencias no sólo generacionales, sino de capitales sociales y culturales que repercutieron en la manera en que se insertaron en los distintos escenarios mexicanos. En contraste con los jaliscienses, quienes salieron de su estado hacia el centro político y cultural del país, González Arámburu se alejó de la capital y se mudó a Jalapa, en el estado de Veracruz, donde siguió trabajando como corrector. En ese sentido, valdría la pena reflexionar sobre cómo funcionaba la geografía cultural del México de la época, y que el lugar de la consagración literaria era el Distrito Federal. También es importante notar que fueron parte de diferentes redes intelectuales, aunque todas interactuaron en el FCE. González Arámburu siempre estuvo consciente de que, dentro de los círculos de exiliados españoles, él no formaba parte de la élite (SICOT, 2004).

4 LA EDICIÓN Y SUS MUNDOS LABORALES

Para cerrar este primer acercamiento al Departamento Técnico y a quienes laboraron en él en las décadas de 1940 y 1950, es necesario apuntar que las cuatro experiencias aquí revisadas permiten entender un universo laboral abierto y heterogéneo, marcado por el inicio de la profesionalización en el campo de las humanidades, situación que coincidió con la consolidación de esta casa editorial. De ahí que en un inicio quienes ingresaban al Departamento Técnico no siempre contaran con títulos universitarios o estuvieran en proceso de adquirirlos, pues de cualquier modo debían tener una relación solvente con la cultura escrita, formar parte de la comunidad académica o participar de la sociabilidad literaria del periodo.

Las trayectorias de Calvo, Alatorre, Arreola y Arámburu también permiten contrastar las redes intelectuales mexicanas con las del exilio español, así como pensar en el funcio-

namiento de una geografía cultural nacional. La Ciudad de México reforzó en este periodo su centralidad cultural, no sólo gracias a los centros educativos como El Colegio de México, también por el peso de la actividad editorial que ahí se realizaba.

Las cuatro experiencias son también contrastantes en términos de condiciones laborales, pues Alatorre y Arreola vivieron su trabajo en el FCE como una mejora en sus condiciones de vida. No se quejaron de los sueldos y sobre todo valoraron todo lo que se abrió para ellos en términos profesionales. Fueron correctores de pruebas de manera temporal, al igual que Calvo, cuyo exilio en México fue breve. En el extremo opuesto se encuentra Arámburu, el más joven y al que le tocaron las realidades laborales de la década de 1950. Fue quien más padeció y desde su posición de trabajador editorial buscó abrirse camino en el mundo de las letras.

Por último, es importante destacar que el Departamento Técnico del FCE fue un espacio cambiante en el lapso de estas dos décadas, precisamente porque marcó el paso de un proyecto editorial incipiente a la construcción de una pequeña editorial durante la década de 1940. A partir de 1954 tuvo por primera vez un edificio propio y una planta laboral propia de la editorial en expansión en la que se convirtió. Como se vio en estas páginas, los cambios espaciales y el aumento del personal supusieron una mayor profesionalización, no sólo de los editores a la cabeza, también de quienes corrigieron pruebas. Aún será necesario seguir investigando para dar cuenta de sus prácticas y condiciones de vida.

REFERENCIAS

ALATORRE, Antonio. Emma Susana Speratti Piñero. **Nueva Revista de Filol Hisp**, México, t. 39, n. 2, p. 657-664, 1991.

CHARTIER, Roger. **El mundo como representación**. 6 reimp. Barcelona (España): Gedisa, 2005. p. 45-62.

DARNTON, Robert. ¿Qué es la historia del libro? Una revisión. **La Gaceta del FCE**, México, n. 526, p. 6-10, octubre 2014.

DEH-INAH, PHO/10/37. Entrevista a Julián Calvo, realizada en su domicilio particular de la ciudad de Madrid, por Concepción Ruíz Funes, el día 5 de mayo de 1979 y anexo realizado por Enriqueta Tuñón en los días 30 de noviembre y 3 de diciembre de 1981, p. 210.

DÍAZ ARCINIEGA, Víctor. **Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)**. 2. ed. México: FCE, 1996. 438 pp.

GARCIADIEGO, Javier. **El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México**. México: FCE, 2016, Libros sobre Libros. 109 pp.

GARONE GRAVIER, Marina. **Historia en cubierta. La historia del Fondo de Cultura Económica a través de sus portadas (1934-2009)**. México: FCE, 2011. 302 pp.

GUZMÁN ANGUIANO, Francisco Joel. Vínculos y estrategias para el desarrollo editorial: las revistas literarias jaliscienses *Eos* y *Pan* (1943-1946). **Letras Históricas**, Guadalajara (México), n. 20, p. 169-202, primavera-verano 2019.

HERRERA, Luis Mariano. La producción de libros en México (1911-1960). In: Bello, K; Garone, M. (Coords.). **El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo xx**. México: UAM-C, 2020. p. 41-111.

LIDA, Clara y José Antonio Matesanz. **El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962**. México: El Colegio de México, 1990. 395 pp.

MARTÍNEZ CHÁVEZ, Eva Elizabeth. **Redes en el exilio. Francisco Ayala y el Fondo de Cultura Económica**. Madrid (España): Dykinson-Colmich, 2017. 145 pp.

MEYER, Jean (dir.). Antonio Alatorre. **Egohistorias**, México: Cemca, 1993. Disponible en: <https://books.openedition.org/cemca/3371>. Acesso em: 30 de julio de 2019.

MILENIO. **El fce, 80 años de libros**. México, 2 de septiembre de 2014. Disponible en: <https://www.milenio.com/cultura/el-fce-80-anos-de-libros#imagen19>. Acesso en: 23 de mayo de 2022.

NOVA RAMÍREZ, Víctor Erwin. **Arnaldo Orfila. Una revolución editorial latinoamericana**. México: UDUAL, 2022, Cuadernos de Universidades 16. 150 pp.

OCHOA SANDY, Gerardo. **80 años: las batallas culturales del Fondo**. México: Nieve de Chamoy, 2014, edición electrónica.

PASO, Fernando del. **Memoria y olvido de Juan José Arreola**. México: FCE, 2003, Tierra Firme. 272 pp.

RIVERA MIR, Sebastián. Los trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación. De las tramas sindicales a la concentración estatal (1934-1940). **Historia Mexicana**, México, LXVIII, n. 2, p. 611-656, 2018.

RIVERA MIR, Sebastián. Usos políticos de la edición durante el siglo xx. Entre la hegemonía estatal y las propuestas alternativas. In: Bello, K; Garone, M. (Coords.). **El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo xx**. México: UAM-C, 2020. p. 113-158.

ROSALES, Javier. Educación, edición y promoción de la lectura: bibliotecas públicas y escolares, 1921-1970. In: Bello, K; Garone, M. (Coords.). **El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo xx**. México: UAM-C, 2020. p. 470-538.

SAFERSTEIN, Ezequiel, Entrenarse para vender libros. Condiciones para el desarrollo del sentido práctico de los editores de los grandes grupos en Argentina. **Revista Colombiana de Ciencias Sociales**, Medellín (Colombia), vol. 9, n. 1, p. 100-125, 2018.

SEWELL, William. Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera. **Historia Social**, Valencia (España), n. 18, 1994, p. 63-100.

SICOT, Bernard. Temoignage d'exil: Francisco González Arámburu, 'ex-niño de Morelia' I et II. **Exils et migrations ibériques au XX^e siècle**, n. 1, p. 221-258, 2004.

SORÁ, Gustavo. **Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo xxi**. Buenos Aires (Argentina): Siglo xxi, 2017. 291 pp.

THOMPSON, Edward Palmer. **La formación de la clase obrera en Inglaterra**. Barcelona (España): Crítica, 1989. p. 197-222.

CONTRIBUIÇÃO DOS AUTORES

1 - Kenya Bello

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.

<https://unam.academia.edu/KenyaBello>

Email: kenyabello@filos.unam.mx